

September 2005

Número 66: Domingo 4 de septiembre de 2005-Domingo 25 de septiembre de 2005

Follow this and additional works at: <http://digitalcommons.luthersem.edu/eeh>



Part of the [Christianity Commons](#), and the [Practical Theology Commons](#)

---

## Recommended Citation

(2005) "Número 66: Domingo 4 de septiembre de 2005-Domingo 25 de septiembre de 2005," *Estudios Exégeticos Homiléticos*: Vol. 2005 : No. 66 , Article 1.

Available at: <http://digitalcommons.luthersem.edu/eeh/vol2005/iss66/1>

This Article is brought to you for free and open access by Digital Commons @ Luther Seminary. It has been accepted for inclusion in Estudios Exégeticos Homiléticos by an authorized editor of Digital Commons @ Luther Seminary. For more information, please contact [akeck001@luthersem.edu](mailto:akeck001@luthersem.edu).

## **ESTUDIO EXEGÉTICO–HOMILÉTICO 065 – Septiembre de 2005**

**Instituto Universitario ISEDET**

**Autorización Provisoria Decreto PEN N° 1340/2001**

*Es un servicio elaborado y distribuido por el Instituto Universitario ISEDET*

**Buenos Aires, Argentina**

**Este material puede citarse mencionando su origen**

**Responsable: Pablo Andinach**

### **Domingo 4 de septiembre de 2005**

Sal 119:33-40; Ez 33:7-11; **Ro 13:8-14**; Mt 18:15-20

El texto de Romanos busca dar respuestas concretas a la vocación por cumplir con la voluntad de Dios. Desde el comienzo de la Iglesia los creyentes entendieron que la fe que abrasaban era una coraza contra las adversidades pero también era mucho más que eso al transformarse en un instrumento para hacer de sus vidas un acto de servicio a Dios y al prójimo. Pero ¿en que consistía realmente lo que Dios esperaba de ellos?

#### **El contexto**

Debemos recordar que las primeras décadas de expansión de la fe se producen todavía mayoritariamente dentro del ámbito del judaísmo. Los nuevos creyentes no se consideraban “nuevos” porque no había una clara conciencia de que se estaba construyendo una identidad religiosa diferente de aquella de la cual provenía. Los escritos del apóstol en buena medida pueden ser leídos como la expresión de una fe judía modificada por el hecho de que el Mesías esperado ha llegado y por lo tanto la fe que proclama no es una nueva religión sino la continuación natural de la fe de sus padres. Los primeros gentiles que se convertían lo hacían a una expresión de la fe judía y no a la Iglesia cristiana tal como hoy la concebimos. Lo que sucedió en las décadas siguientes es que la radicalidad del mensaje de Jesús y los elementos renovadores respecto a la tradición judía que su prédica echó a rodar fueron tan significativos que buena parte del pueblo de Israel no pudo entenderlo como continuación de su fe sino como ruptura.

Así lo que podía haber sido un paso más en el desarrollo de la fe que venía de Abraham y que ahora se manifestaba en una nueva etapa en la que se involucraba a toda la humanidad –y no solo a Israel como hasta ese momento- no fue entendido por los judíos de su tiempo y se produjo la división entre la rama principal de los creyentes israelitas y esta –ahora sí- nueva rama de los llamados “cristianos”. De modo que no hubo en un primer momento la intención de separarse del judaísmo ni de formar “la Iglesia” como una corriente religiosa original. Pero la expansión del mensaje fue tan impresionante que a poco de andar los caminos se bifurcaron inevitablemente e Israel siguió por una senda mientras que la incipiente comunidad de los seguidores de Cristo se fue abriendo hasta finalizar conformando un cuerpo religioso separado del tronco del cual surgió.

#### **La ley y el amor**

Sin embargo la fuerte tradición judía de la que formaban parte la mayoría de los primeros cristianos marcó su ministerio y las discusiones internas. En este caso se trata de la ley y el

amor. La tradición judía ponía su énfasis en el cumplimiento de la ley. Este cumplimiento tenía distintas interpretaciones según unos u otros, pero la moneda corriente era que si se hacían determinados ritos y se respetaban determinadas fiestas y sus prácticas, Dios estaba conforme con el creyente y accedía a bendecirlo en retribución. Cumplir con las ofrendas y sacrificios, con la asistencia a las tres fiestas anuales de peregrinación en Jerusalén, y con los baños rituales semanales aseguraban el beneplácito del Señor. Sumarle la observancia de las dietas alimenticias y ciertas conductas éticas colocaba al creyente en inmejorable posición para ganar la salvación.

Es interesante observar que en principio Pablo no rechaza este tipo de religiosidad. Lo hace en forma indirecta ya que las consecuencias de la nueva manera de entender la relación con Dios inaugurada por Cristo hará irrelevante muchas de esas prácticas, pero la crítica no se dirige a destruir esas prácticas sino a superarlas por algo mucho mejor. Cuando se nos dice que “el que ama al prójimo ha cumplido la ley” no se está diciendo que las prácticas religiosas anteriores estuvieran mal o que no correspondían a lo que Dios espera de sus hijos; menos que no había que cumplir la ley. Lo que está diciendo es que esta nueva comprensión de la centralidad del amor como el espacio donde se define la relación con Dios supera de tal manera el concepto anterior de cumplir un rito y recibir retribución por ello que lo deja en un plano tan inferior y secundario que solo mantendrán su sentido si son efectuados en el marco mayor de expresar el amor de Dios reflejado hacia el prójimo.

En la predicación sobre este texto será preciso actualizarlo con ejemplos actuales. Hoy asistimos a la iglesia, leemos la Biblia, cantamos y oramos, traemos nuestras ofrendas. Participamos de la Cena del Señor y cumplimos con aquellas prácticas que se nos solicitan y entendemos responden a nuestra manera de vivir la fe. Son actos que conforman nuestra forma de religiosidad y nuestra práctica cotidiana y ritual. Todo ello está bien pero el mensaje de Pablo es que de nada valen si no contienen el ingrediente del amor, que deviene en la única forma de que cumplan su cometido. En cierto sentido eso es la “ley” para nosotros y el apóstol nos recuerda que toda la ley se resume en “amarás a tu prójimo como a ti mismo” (expresión que también está puesta en boca de Jesús en Mt 7:12 y 19:19, textos que es oportuno evocar en la predicación).

Es importante resaltar que no se dice que esas obras de la ley no sean necesarias ni que no contribuyan a la edificación del creyente. Lo que sí se debe decir es que es la perspectiva del amor al prójimo la que les da sentido y valor. Es una tendencia recurrente en nuestros días la de desvalorizar los actos religiosos concretos. Frases como “yo tengo fe y la vivo a mi manera”; o “creo en Dios pero no me interesa la Iglesia”; o “hay que amar al prójimo, pero ir a la Iglesia no tiene nada que ver con eso” se las suele escuchar como si fueran verdades irrefutables o actitudes de vida que no pueden discutirse. En principio es evidente que denotan una crítica a las prácticas de las iglesias de las que debemos hacernos cargo. Si se ve la vida de la Iglesia como irrelevante, tediosa o –a veces- conteniendo cierta hipocresía o corrupción, debemos preguntarnos si algo de ello es real y si no tenemos que repensar nuestra vida interna como comunidad de fe. Mejor que ocultar los errores “para no lesionar a la Iglesia” es hacerle caso al apóstol “andar a la luz del día” para purificar la Iglesia de aquello que la deteriora. Pero más allá de lo que en verdad exista como errores y malas costumbres, también es cierto que “amar al prójimo” es una práctica que si es sincera y busca ser eficaz en su cometido de expresar a través de nuestros actos el amor de Dios a ese prójimo se verá perfeccionada por la oración común con los demás miembros de la Iglesia, por el estudio y meditación de la Palabra, y por la corrección en amor que puedan hacernos aquellos con los cuales compartimos la vocación de anunciar la misma Palabra.

De modo que asistir a la Iglesia y asumir todas las responsabilidades que como creyentes implican ser miembro del cuerpo de Cristo no es algo accesorio a la regla de oro de amar al prójimo sino un elemento esencial a esa vocación. Seremos mejores administradores del amor de Dios si buscamos junto con otros hermanos y hermanas de la Iglesia las formas más eficaces para ponerlo en práctica.

### **Levantarnos del sueño**

El apóstol Pablo llama en este texto “sueño” al hecho de estar pendientes para la salvación de cumplir con ciertas obras accesorias y así estar inadvertidos respecto a las obras del amor que son las que en definitiva le darán valor a las otras. A eso llama “obras de las tinieblas” y a su opuesto “armas de la luz”. Esta imagen es muy profunda y es preciso que en nuestro sermón podamos utilizarlas en plenitud.

Las tinieblas aquí significan literalmente aquella neblina que no nos dejan ver con claridad que tenemos delante. Entonces creemos que la salvación está donde en realidad no está, o hacemos cosas que consideramos son la esencia del evangelio pero que luego se revelan como que no lo son. Las tinieblas son aquellas cosas que no nos dejan ver la acción del Espíritu de Dios y desvían nuestra atención hacia lo que no tiene valor ni trascendencia. Entonces desperdiciamos la vida y el alma en aquello que no tiene entidad ni contribuye a elevarnos ni a elevar el mundo que nos rodea. Para que no tengamos dudas el apóstol pasa a los ejemplos: las conductas que deterioran el cuerpo y el alma; las que nos alejan de Dios y del prójimo. En oposición a ellas se nos instruye a no sucumbir a los “deseos de la carne”.

Esta última expresión (“los deseos de la carne”) merece una explicación. En el habla apresurada se la suele vincular casi exclusivamente con actividades sexuales o con placeres humanos. Sin embargo el concepto es mucho más vasto y consiste en aludir a lo perecedero, a aquello que no tiene solidez ni perdura en el tiempo. La “carne” se opone al espíritu en el sentido de que mientras una está destinada a la corrupción y el desvanecimiento la otra es rescatada y permanece. Las obras del espíritu tienen futuro mientras que las de la carne se perderán con el simple paso del tiempo. (Obsérvese entonces que la sexualidad y otras formas de placer físico –la alimentación, los deportes, etc.- pueden ser tanto “obras de la carne” o “del espíritu” dependiendo de a que fin obedecen en cada caso en particular en la vida de quien los ejercita).

De modo que el apóstol nos invita a dejar las tinieblas (la ceguera ante la obra de Dios) y los deseos de la carne (aquello que no tiene futuro a los ojos de Dios, que tiene un fin espurio y egoísta, que se corrompe) y a revestirnos con las cosas del Señor. En el contexto de este pasaje esto significa amar al prójimo como a uno mismo y de ese modo responder al llamado de Dios.

### **Conclusión y esquema**

La predicación deberá “llevar” al oyente:

- a. De la comprensión de solo cumplir con las obras de la Ley a descubrir que ellas pierden significación si no están echas en el marco del amor al prójimo.
- b. De suponer que la fe se consume en sí misma a comprender que ella conduce inevitablemente a amar al prójimo.
- c. De considerar que ya lo sabemos todo en materia de fe a entender que somos llamados a superar las tinieblas y revestirnos de la nueva luz que ofrece Cristo.

**Proponemos el siguiente esquema para un sermón sobre este texto:**

1. Introducción sobre el contexto doctrinal del judaísmo.
2. Explicar como puede hoy entenderse que es “la ley” en nuestra práctica religiosa.
3. Señalar la propuesta del apóstol de que el amor cumple con la ley.
4. La práctica del amor no anula las responsabilidades religiosas sino que les da una nueva significación.
5. Explicar los conceptos de “tinieblas” y “carne” y el de “andar a la luz”.
6. Concluir con una invitación a vivir de acuerdo a la luz de Cristo, amando al prójimo como modo de testificar del amor de Dios.

## **ESTUDIO EXEGÉTICO–HOMILÉTICO 065 – Septiembre de 2005**

**Instituto Universitario ISEDET**

**Autorización Provisoria Decreto PEN N° 1340/2001**

*Es un servicio elaborado y distribuido por el Instituto Universitario ISEDET*

**Buenos Aires, Argentina**

**Este material puede citarse mencionando su origen**

**Responsable: Pablo Andinach**

### **Domingo 11 de septiembre de 2005**

Sal 103:1-13; Gn 50:15-21; **Ro 14:1-12**; Mt 18:21-35

El texto de Romanos que leemos este domingo continúa reflexionando sobre los problemas internos de la Iglesia, especialmente la discusión entre quienes entendían que debía continuarse con las prácticas rituales judías y quienes ya no las cumplían. Es importante comprender que quienes no observaban las prácticas judías podían hacerlo por dos motivos. Unos porque eran gentiles, es decir, personas no judías (romanos, griegos, etc.) que se convertían a la fe de Cristo y para los cuales esas prácticas eran extrañas o no tenían significado para sus vidas. Los otros eran judíos convertidos que entendían que la fe en el Mesías muerto y resucitado había superado todas aquellas prácticas y que ya no debían observarse. En ninguno de los dos casos la falta de observancia obedecía a pereza, dejadez o simple desvalorización de los rituales tradicionales. Sucedió que la novedad del “Dios en Cristo” había revolucionado la comprensión de la fe judía a tal punto que paulatinamente iban descubriendo que el cumplimiento de la ley se daba en el amor al prójimo y las prácticas rituales se reemplazaban por la acción redentora directa de Dios.

### **Juzgar al prójimo siempre fue un problema**

Ayer y hoy, la Iglesia ha tenido que lidiar con este problema. El apóstol debió demorarse largamente en explicar la necesidad de dejar de lado el juicio del prójimo y reemplazarlo por el amor que viniendo de Dios debemos reflejar hacia ellos. En esta oportunidad son dos los problemas: la dieta alimenticia y el tiempo sagrado, expresado en el día de reposo y las fiestas. Ya comentamos el domingo anterior sobre las dietas y obligaciones rituales. Esta vez el esquema es el mismo, de modo que la discusión se daba cuando quienes observaban las dietas judías y los días sagrados (sábado, fiestas religiosas) y quienes no lo hacían. Es probable que el conflicto se diera de ambos lados, desde el momento que unos exigirían la observancia para ser coherentes con la tradición judía de la cual provenían la fe en Cristo y los otros reclamaban la libertad ante esas prácticas dadas por lo “nuevo” traído por Cristo y por su superación en los eventos de la Pascua.

Estos entendían que luego de la resurrección la observancia de la pascua se había modificado desde el momento que el sacrificio de Cristo en reemplazo del cordero (el fue el “cordero de Dios”) había tornado innecesario continuar con los antiguos rituales. Cristo había inaugurado un nuevo tiempo donde la pascua ya no implicaba un sacrificio sino una celebración de la vida nueva. Había entonces un “nuevo pacto” dentro del judaísmo y a él buscaban atenerse. Otros entendían que esa novedad de la pascua de resurrección no anulaba las prácticas originales y que debían permanecer como demostración de su fe y cumplimiento del pacto original.

La consecuencia es que se criticaban mutuamente y condenaban unos a otros juzgando la conducta del prójimo y considerándose excluidos de la gracia de Dios.

El error de ambos –así entendemos a Pablo- es que hacen de la observancia o de su negación un elemento esencial a la fe cuando en realidad no lo es. Ellos piensan que comer tal o cual elemento, descansar tal o cual día o no hacer ninguna de esas cosas son los signos de su fe y aquello que les dará la salvación. El error es reducir el impacto de Cristo a unos meros ritos que se observan o rechazan, pero que en definitiva retienen poder por encima de la acción del Espíritu. ¿Nos pasa eso a nosotros hoy?

Es fácil decir que no, porque los cristianos no tenemos dietas ni días particulares. (Incluso el domingo –el día del Señor- lo reconocemos como una “práctica” pero no como un día sagrado en sí mismo, ya que sabemos que todos los días son “del Señor” y merecen que lo evoquemos). Sin embargo sí solemos tener hermanos o hermanas que se enjuician mutuamente en la Iglesia. Y muchas veces por motivos tan superficiales y vanos que no distan de los mencionados por el apóstol.

### **Juzgar o crecer**

El apóstol señala que quienes comen o no comen no deben juzgarse mutuamente “porque Dios los ha recibido” a ambos. El marca el criterio por el cual una persona está creciendo en la fe y viviendo de acuerdo a Cristo: si Dios lo ha recibido ¿quienes somos nosotros para dudar de su fe o de la rectitud de su práctica religiosa? Pero añade –utilizando una figura literaria- que cuando un siervo está “caído o de pie”, lo está para su señor. Y con esto quiere decir que cada uno está obrando de acuerdo a lo que su amo le ha pedido que haga y este le dará firmeza en su fe.

Este ejemplo de Pablo puede evocar en nuestra predicación el tema del reparto de dones que el Señor hace en la Iglesia. No solo a cada uno le toca algo distinto en el plan de Dios (la imagen bíblica y paulina de la relación entre el cuerpo y sus partes) sino que en este nuevo ejemplo podemos ver que el Señor otorga dones de acuerdo a sus necesidades, las que no siempre pueden ser comprendidas por los demás. Utilizando la imagen de Pablo, podemos no entender por qué un hermano está de pie o caído (es decir, desarrolla tal o cual actividad, tal o cual servicio, o prefiere tal énfasis en su ministerio), pero no está en nosotros juzgar la bondad o desgracia de tal situación pues es el Señor quien lo ha puesto allí.

¿Seremos capaces en el Iglesia de destinar las energías que malgastamos criticándonos unos a otros en crecer en la fe, desarrollar nuestros dones y contribuir a hacer más vital la congregación donde el Señor nos puso? En nuestra opinión esta pregunta debe haberle quitado el sueño al apóstol y debería quitárnoslo a nosotros. Él tenían una mirada aguda y así podía decir –y decirnos- que “el que hace caso del día (de reposo) lo hace para el Señor” del mismo modo que aquel que no observa el día de reposo para el Señor no lo observa. De modo que se trata de saber separar el trigo de la cizaña y distinguir lo esencial de lo accesorio en la vida de fe y en la práctica de la Iglesia. Se juzga en base a elementos que no hacen al centro de la fe y se deteriora la vida de la Iglesia por minucias mientras que lo que realmente pone en juego la relación con Dios y el prójimo pasa delante de nuestras narices sin que nos percatemos de ello: que sea que vivamos o muramos hemos de hacerlo para el Señor. Eso es lo que define la fe y la vida y por esa afirmación sí que se justifica que nos desvelemos en aplicarla.

## Valorar o menospreciar

Uno de los aspectos más negativos y menos explorado de juzgar en la Iglesia es que todo juicio supone un menosprecio del otro, de lo que es o de lo que hace. El apóstol Pablo lo encara abiertamente cuando dice (v. 7) “Porque ninguno de nosotros vive para sí y ninguno muere para sí” y continúan en el siguiente v. señalando el verdadero sentido de la vida del creyente. De modo que se equivoca quien no ve en el hermano una tarea encomendada por Dios o un don expresamente necesario para la misión que el Señor necesita. Si finalmente todos deberemos dar cuentas ante el tribunal de Cristo de que sirven los juicios y las desvalorizaciones que podamos nosotros hacer desde nuestra limitada percepción de la realidad.

El evangelio también nos llama a cambiar de actitud y a pasar del juicio y el menosprecio a la valorización del prójimo. Una de las primeras consecuencias de amar al prójimo es comenzar a valorar lo que es y hace. Se ha dicho que no es preciso “querer” a alguien para amarlo como el Señor nos lo pide. Es verdad que somos llamados a amar al prójimo incluso cuando no nos gusten sus ideas, sus actitudes y proyectos. Podemos no querer nada de él o ella pero la fe nos invita a acercarnos a esa persona en amor. ¿Qué sucedería si Dios solo nos amara cuando nuestras ideas, propuestas o modo de vida coincidieran con las de él? ¿Qué si el Espíritu derramara bendiciones en nosotros a condición de que nos ajustemos a sus propuestas de vida y hayamos sido fieles en todo? No parece que tengamos muchas posibilidades de pasarla bien si esa fuera la actitud del Señor hacia nosotros.

Pero lo curioso es que cuando amamos a quienes no queremos comenzamos a ver a esa persona de un modo diferente. Podremos no coincidir con ella pero empezaremos a valorar lo que es y hace. Será una manera de empezar a apreciar su vida y sus opciones. El amor une aún a los que están distantes y crea vínculos aún entre quienes tienen poco que ver entre sí. No es por casualidad que el Señor eligió el mandamiento de “amar al prójimo como a uno mismo” (que no esté entre los diez mandamientos) como aquel que en verdad hará cambiar la vida de quienes lo practiquen. Es porque él sabe que donde hay amor todo lo demás tiene solución, y donde hay amor los vínculos comienzan a reconstruirse de una manera distinta. Comenzamos por amar a quien no conocemos y terminamos amando a alguien de quien ahora nos sentimos mucho más cerca.

## Entonces... ¿en la Iglesia todo vale?

Sería una equivocación interpretar este texto del apóstol en sentido de que todo lo que se haga y diga en la Iglesia vale, y que nada podemos decir al respecto. Lejos está Pablo de pensar de esa manera y más lejos aún de tolerar desvíos y faltas de conducta. Dos criterios nos deja el texto para evaluar la conducta *propia* y ajena.

El primero está implícito en varios versículos: lo que se hace se lo hace *para el Señor*. Es decir que aquellas conductas que contribuyan a la expansión de la fe, a amar al prójimo, a crear mejores lazos fraternales, se revelan como obras para el Señor y que más allá de que nos gusten o no, que respondan a nuestro estilo o a otro estilo, debemos reconocerlas como un aporte a la Iglesia y su testimonio. Recordar que el Señor puede hacer hablar las piedras si le es necesario debe advertirnos sobre juzgar mal a quienes hablan en su nombre y para el Señor... ¡y no son piedras sino son simples seres humanos!

El segundo criterio lo presenta citando las Escrituras de su tiempo (el Antiguo Testamento): “ante mi se doblará toda rodilla y toda lengua confesará a Dios”. Es decir que lo que tengamos delante debe contribuir a reconocer a Dios como Señor y a testificar de su



Palabra. Si es así más que juzgar debemos disponernos a alentar que esa palabra abunde y crezca entre nosotros.

El criterio, para resumirlo, es que aquello que se hace en la Iglesia debe señalar a Cristo como Señor y a su palabra como redentora.

### **Conclusión y esquema**

El mensaje deberá enfatizar:

- a. Nuestra disponibilidad a escuchar y comprender a los demás antes que a juzgarlos.
- b. El hecho de hacer el esfuerzo de ver la acción de Dios en aquellos con quienes no coincidimos ni compartimos ideas y estilos.
- c. Que aprendamos a valorar lo distinto, lo que expresa la fe de una manera por la cual nosotros no lo haríamos.

### **Proponemos el siguiente esquema para un sermón sobre este texto:**

1. Introducción sobre las diferencias dentro de la Iglesia
2. Explicar que es juzgar a los demás y la posición del apóstol en este texto. La situación de judíos y gentiles.
3. El deterioro de la vida comunitaria que acarrea el juzgar a los demás.
4. La alternativa de valorar y apreciar al prójimo antes que juzgarlo.
5. ¿Todo vale? Cuales son los criterios para evaluar una conducta.
6. Conclusión: creceremos en la fe y testimonio si nuestra vida y nuestra actividad en la Iglesia señala a Cristo y su palabra.

## **ESTUDIO EXEGÉTICO–HOMILÉTICO 065 – Septiembre de 2005**

**Instituto Universitario ISEDET**

**Autorización Provisoria Decreto PEN N° 1340/2001**

*Es un servicio elaborado y distribuido por el Instituto Universitario ISEDET*

**Buenos Aires, Argentina**

**Este material puede citarse mencionando su origen**

**Responsable: Pablo Andinach**

### **Domingo 18 de septiembre de 2005**

Sal 145: 1-8; Jon 3:10-4:11; **Fil 1:21-30**; Mt 20:1-16

El texto de la carta a los Filipenses nos introduce de lleno en el tema de la vida y la muerte. Es un tema central a la existencia humana y en esta oportunidad el apóstol lo encara desde la experiencia de fe, particularmente desde el lugar de aquel que tiene un vínculo con Cristo por el cual lo considera Señor de su vida. De modo que vida y muerte en este caso no son temas pasibles de ser considerados desde una filosofía o desde una religión liviana sino a partir de experimentar la fuerza de la presencia del Cristo resucitado en la vida del creyente. Pablo entonces no desarrolla un argumento racional sino que habla desde la fe y desde la misión y desde ese lugar presenta una propuesta de vida y entrega que no tiene paralelo en pensamiento alguno. Asume que la vida es un don de Dios y a él le pertenece, de modo que el sentido y las decisiones deben tomarse en relación a la voluntad de Dios y no en búsqueda de un premio celestial.

### **Vivir y morir**

La situación de Pablo es peligrosa y su vida tiene un futuro incierto. Él sabe que puede morir en cualquier momento en manos de quienes lo encarcelan. Cuando se está en una situación como esa las palabras pierden su valor ambiguo y remiten a cosas bien concretas: vivir es continuar respirando, despertarse cada día y caminar por esta tierra. Morir es reducirse a polvo y dejar de transitar los caminos. El apóstol no está para juegos de palabras ni retórica. No hay espacio para frases ingeniosas ni para decir lo que no pensamos o querer engañar a los demás o engañarse a uno mismo. Entonces nos da una lección de fe y confianza en Dios cuando dice: “para mi el vivir es Cristo y el morir es ganancia”. ¿Qué quiere esto decir?

El creyente transita por la vida como subiendo una escalera. Cada día hay nuevos escalones que lo conducen un poco más alto y lo desafían con nuevas situaciones. No hay quien haya llegado tan alto que no puede ser perfeccionado por la luz de Cristo ni quien haya caído tan bajo que su mano no pueda alcanzarlo. Pero en la lucha cotidiana y en el camino de todos los días se llega a un momento donde se percibe que el sentido de la vida –y de transitar por el mundo- no está en nuestras propias habilidades y traspíes sino en el ser fortalecidos por la presencia de Dios en nosotros. Así afirma Pablo que “el vivir es Cristo”.

Esto no significa que todo lo que no sea religioso, o particularmente cristiano, no tenga valor. En realidad podría decirse lo opuesto. En Cristo todas las cosas se hacen nuevas, es decir, adquieren un valor que antes no tenían. La amistad, la belleza, el dolor, los sentimientos, el trabajo, las luchas, todo aquello que conforma la vida cotidiana reciben un impulso saludable cuando se hacen en el contexto de la fe y la misión que Cristo da a

quienes lo siguen. Entonces “vivir es Cristo” significa que la presencia de Dios en la vida del creyente convierte lo estéril en fértil y lo marginal en piedra angular. En cierto sentido se puede decir que cuando se sintoniza con el proyecto de Dios se abandona una vida en la que los días y las horas se desperdician para colocar la totalidad de lo que somos al servicio del prójimo y de lo que el Señor quiere de nosotros. Entonces cobra sentido y justificación y se pierde el sentimiento de que estamos tan solo durando, esperando el día en que alguien se apiade de nosotros y de nuestra vida gris nos lleve a un lugar mejor.

De allí que el apóstol puede decir esto en el momento en que su vida corre un serio peligro de ser abatida. Él comprende que su vida tiene sentido por la presencia de Cristo en ella y que esa presencia no puede ser eliminada por la espada o la corrupción de la carne. Sus enemigos pueden matarlo y destruir su cuerpo pero no podrán quebrar el vínculo que lo une con Cristo. Esto nos da pie para el segundo aspecto de su declaración.

Que el “morir es ganancia” no debe entenderse como una búsqueda de la muerte y menos aún un visión romántica del descenso a la tumba. Pablo no quiere morir ni le propone ese camino a nadie. Es bueno recordarlo porque en la historia del cristianismo muchos interpretaron este texto y otros del mismo tenor en el sentido de que debía despreciarse la vida concreta y vivir deseando el día de la muerte. Buena parte de aquellos que se retiraban a orar y vivir en la miseria interpretaban que más valía estar muertos “en la presencia de Cristo” que vivos gastando el tiempo en cosas de todos los días.

El apóstol está muy lejos de esa postura. Él claramente dice que duda sobre qué es lo mejor, ya que partir para estar con Cristo es algo bueno y deseable pero enseguida menciona que vivir “es más necesario” a fin de contribuir a la fe de sus hermanos y a desarrollar la misión que el Señor le ha encomendado. Es decir que el apóstol evalúa el valor de la vida y de la muerte en función de la misión que se le ha dado, la que tiene por referentes preferenciales a los hermanos y hermanas que se benefician de su obra misionera. Finalmente dice que confía en que “se que quedará” para “vuestro provecho y gozo en la fe”.

Lejos, muy lejos está el apóstol de aquellos que lo interpretaron en el sentido de despreciar la vida y ansiar la muerte para estar junto a Cristo. Quienes así pensaban –y vivieron– pensaban en ellos y su salvación y no en la misión de salvar al mundo. Por aquella vía se ganaba la salvación y el mundo se perdía –o al menos se restaba un testigo de la fe a quienes aún no la conocían-. Pablo por el contrario *posterga* su encuentro final con Cristo para permanecer en algo que “es más necesario”, a saber, contribuir a la salvación de *este* mundo. De modo que su decisión no se basa en la búsqueda de su salvación sino en llevar adelante la misión que le ha sido encomendada. Seguirlo a Cristo aquí en la tierra es más necesario que irse con él por la eternidad. En todo caso el apóstol se pone en las manos de Dios para que sea él quien marque los tiempos.

## **Tu vida y la mía**

Traducir esta experiencia y mensaje en nuestra vida de hoy es lo que nos reclama el evangelio. En una predicación sobre este texto no debería estar ausente el hecho de que nuestra experiencia con la vida y la muerte se ha modificado sustancialmente desde los tiempos del apóstol. Hoy ya no nos amenazan las enfermedades como ayer y las guerras no son la forma cotidiana de relacionarse entre los pueblos, al menos en esta parte del globo. En la inmensa mayoría de los países donde el cristianismo es masivo y en buena parte donde es minoritario no hay persecuciones ni violencia contra la fe. Por otro lado –y felizmente– la sociedad ha superado ese pensamiento por el cual la vida en el más allá era un valor superior a la vida en esta tierra y hoy es difícil ver personas que se laceren el

cuerpo o se abandonen a la miseria para llegar al cielo. ¿Cuál es entonces el mensaje a predicar sobre este texto?

### **Identificamos tres aspectos:**

1. En primer lugar el pasaje nos habla de la centralidad de la misión de Dios como tarea para la Iglesia y el creyente. Pablo coloca la misión y el llamado como eje de su decisión de vida. Lo que decide lo hace en función de que aquellos que lo rodean puedan conocer y crecer en la fe de Cristo. Es una vida para otros, donde el interés del prójimo prima sobre su deseo de estar “antes” con Cristo. Pero a la vez esto se revela como un mandato divino, pues es Dios quien le ha puesto delante tal tarea. De modo que la “postergación” no obedece a su voluntad ni a un cálculo espiritual sino al sometimiento sereno y decidido al plan de Dios para su vida y ministerio.

2. En segundo lugar insta a los creyentes a ser valientes y enfrentar las consecuencias de su fe. Pablo dice que mientras para quienes se oponen a ella todo lo que hagan les resultará que conduce a la perdición, en verdad están yendo por el camino de salvación. Lo que a los ojos de incrédulo es muerte y pérdida, a los de los cristianos –y de Dios- es vida y ganancia.

3. En tercer lugar el creyente es invitado no solo a creer en Jesús sino incluso a aceptar padecer por la fe que sostiene. Pablo y otros sufrieron cárcel, nosotros quizás tengamos la bendición de no enfrentar esa situación, pero debemos ser conscientes que ser cristiano no es fácil y en ocasiones puede exigirnos asumir situaciones por causa de la fe que pueden llevarnos a sufrimientos. En esos casos es bueno recordar que todo sufrimiento es producto de la violencia humana y no un camino buscado ni deseado por Dios para los seres humanos. En otras palabras, el sufrimiento en sí mismo no salva ni tiene sentido a menos que sea por causa de otros. La entrega de la vida a favor del prójimo tiene un sentido propio que no puede equipararse al flagelo voluntario o al sufrimiento buscado de los eremitas.

En consecuencia lo que está en juego en este texto es el sentido de tu vida y la mía. Para el apóstol el sentido de la vida se encuentra en el vínculo con Cristo y en el seguimiento de su mensaje. Es anunciando en carne y hueso su Palabra que se halla la salvación y se emprende el camino hacia un encuentro total y definitivo.

### **La unidad de los creyentes**

Hacia el final de nuestro texto el apóstol insiste en la importancia de permanecer unidos entre los creyentes. No es una exhortación explícita pero sí tiene el sabor de una advertencia sobre el riesgo de que las divisiones debiliten el testimonio y la misión de la Iglesia. Deben estar “en un mismo espíritu”; “combatiendo unánimes por la fe del evangelio”. Estas menciones no son gratuitas y deben incluirse en la predicación pues aluden a la triste situación de la iglesia dividida en su interior, donde el sentir no es unánime sino todo lo contrario. Las divisiones en la Iglesia de ayer y de hoy debilitan su mensaje y lesionan el testimonio ante un mundo que ya está dividido.

### **Conclusión y esquema**

El mensaje deberá enfatizar:

- a. El valor de la vida y la comprensión de que mientras el Señor tenga tareas para darnos aquí, hemos de encararlas con toda nuestra fuerza.

- b. Las decisiones no deben construirse sobre nuestros intereses sino sobre la propuesta de Dios para nuestra vida y la sociedad. La misión y el testimonio son prioridad sobre otros aspectos de la vida.
- c. La importancia de que la Iglesia esté unida para enfrentar los desafíos de este tiempo.

**Proponemos el siguiente esquema para un sermón sobre este texto:**

1. Introducción planteando el tema de la vida y la muerte.
2. La valoración positiva de la vida concreta en el plan de Dios.
3. La entrega del creyente al proyecto de Dios.
4. Vivir en Cristo significa darle un nuevo valor a las cosas:
  - Centralidad de la misión.
  - Tener coraje para enfrentar la tarea.
  - Asumir el seguimiento de Cristo hasta sus últimas consecuencias.
5. Señala la importancia de la unidad de la Iglesia en vistas de su misión.
6. Concluir con una invitación al discipulado.

## **ESTUDIO EXEGÉTICO–HOMILÉTICO 065 – Septiembre de 2005**

**Instituto Universitario ISEDET**

**Autorización Provisoria Decreto PEN N° 1340/2001**

*Es un servicio elaborado y distribuido por el Instituto Universitario ISEDET*

**Buenos Aires, Argentina**

**Este material puede citarse mencionando su origen**

**Responsable: Pablo Andinach**

### **Domingo 25 de septiembre de 2005**

Sal 25:1-9; Ez 18:1-4, 25-32; **Fil 2:1-13 (5-11)**; Mt 21:23-32

El texto de Filipenses es uno de los pasajes más apreciados de la carta. A los vs. 5-11 se lo suele llamar el “himno cristológico” pues tiene forma poética y concentra en pocas líneas una descripción y exaltación del Señor como en pocos otros textos. Es notable que esta descripción se presente en relación con 1-4 donde se habla de la conducta que se espera del creyente. Es decir, que el texto viene diciendo como debe ser la vida del cristiano y finaliza ejemplificando con la vida de Cristo. La frase “haya pues en vosotros ese sentir que hubo también en Cristo Jesús” indica que el modelo de vida es él y que en la medida que el creyente busque orientación para su vida la respuesta está en el “sentir” de Cristo, en su disposición a poner su vida al servicio de Dios y el prójimo.

Predicar sobre este texto supone elegir algunos de los tantos puntos de entrada que posee y los temas que presenta. En esta breve ayuda homilética nos concentraremos en dos aspectos: la decisión de Dios de hacerse ser humano y la exaltación del nombre de Jesús. ¿Qué significan estos dos aspectos y qué consecuencias tienen para nosotros?

### **Dios se hace uno de nosotros**

La teología denomina esto la encarnación. A diferencia de los Dioses griegos o Mesopotámicos, el Dios de la Biblia decide humanizarse y viene a habitar con los seres humanos. Esto no solo era inaceptable para griegos y orientales sino también para la teología judía de su tiempo. De hecho el mesías esperado no sería una encarnación de Dios sino un líder designado por Dios para liberar a su pueblo. Lo que se esperaba era un nuevo David o un nuevo Elías, es decir, hombre de Dios que con su ayuda y en base a su fe y disposición a cumplir con su voluntad pusieran fin a la opresión cultural, religiosa y económica que los romanos habían impuesto sobre Israel. En su historia habían tenido muchos “salvadores”, tales como Moisés, Zorobabel, Esdras, Josías, que habiendo sido personas pecadoras supieron obrar de modo que la voluntad de Dios se expresara a través de ellos. Con esos modelos se construía la esperanza mesiánica de Israel.

Es cierto que el concepto de mesías era algo más que un simple líder, pero también es cierto que el “ungido” esperado surgiría de lo mejor de Israel y sería una persona iluminada como lo habían sido aquellos grandes padres del pueblo. Es evidente que la irrupción de Jesús sorprendió a unos y otros. Unos –los romanos- porque no entendían que un galileo pobre podía pretender ser rey de Israel y liderar a su pueblo en los caminos religiosos y sociales. Otros –los judíos- porque no aceptaban que ese que caminaba junto a ellos y se reunía con personas de la más baja calaña podía ser un elegido de Dios para transmitirle su mensaje. Menos aún que podía ser hijo de Dios...

En ese ambiente hostil a toda novedad en el plan de Dios es que al creador se le ocurre enviar a su hijo. ¿Por qué no esperar un mejor momento? ¿Por qué no demorarse hasta que la humanidad estuviera en una posición más apta para aceptar al mesías? Si bien esas preguntas no tienen ni tendrán respuesta es importante comprender que el compromiso de Dios en Cristo no lo fue para un momento en particular sino para todos los tiempos y todos los lugares. En ese sentido “el lugar y la hora” no son relevantes en sí mismos sino que lo importante es su proyección a todos los lugares y tiempos. En Hijo de Dios vino en aquel momento para llenar con su gracia todos los momentos.

El texto dice que “siendo en forma de Dios... se despojó a sí mismo”. Esta es una oportunidad para meditar sobre la encarnación. ¿Cuál era la necesidad de Dios de hacerse ser humano? La respuesta es clara y contundente: ninguna. No es Dios el que necesita hacerse ser humano sino que lo hace *por nosotros*. Somos nosotros los que recibimos la bendición de poder compartir con Dios nuestros días y trabajos. Es nuestra necesidad de encontrar claridad en el mensaje de Dios que lleva al Señor a hacerse uno como nosotros y mostrarnos que está dispuesto a padecer nuestros límites y morir por nosotros. La encarnación tiene como fin que podamos acercarnos más a Dios y conocer mejor su plan para nuestra vida.

Entonces comenzamos a comprender la densidad de lo que hizo Dios. Al abandonar la “forma de Dios” el Señor demuestra un compromiso con lo humano –con nosotros- de una radicalidad tal que no siempre comprendemos. Asume todas las limitaciones que nos son propias: una geografía, un tiempo, una cultura, un cuerpo y con ello todas sus características: una raza, un sexo, un particular color de piel y ojos. Habló la lengua de su tiempo y lugar, no otra. Visitó tal aldea y tal familia y no otras. Pudo dirigirse a pocas personas –las que habitaban esa geografía y tiempo, las que estaban donde él estaba- y no a la mayoría de las personas que habitaban el globo, incluso en su mismo tiempo.

Dejar se “ser Dios” (que no tiene límites espaciales ni temporales) tuvo un costo inmenso para él y produjo una ganancia infinita para nosotros. De entrada debemos descartar la supuesta santidad de los momentos elegidos. Nada en los evangelios sugiere que Palestina haya sido más santa que otras tierras, ni que la lengua aramea tuviera algún signo de particular bendición. Tan vulgar era que a los pocos siglos fue abandonada y murió como lengua. Ni el siglo que luego llamaríamos I mejor tiempo que el XVI o el XXI. La encarnación no se efectúa como premio a una época ni a un lugar sino como respuesta a las necesidades de las personas de reconocer en ese hombre de Galilea al enviado de Dios, a su Hijo, que no se desentiende de nosotros –como un Dios que vive en la soledad del cielo- sino que da su vida para rescatar la nuestra.

### **La exaltación de lo humano**

En la encarnación Dios manifiesta su amor por lo humano y su respaldo a lo mejor de nosotros. Jesús se comprometió de tal manera con nuestra vida y nuestros límites que es a partir de ver en él alguien asumió nuestras fragilidades como podemos acercarnos más a su mensaje. Podemos decir que porque Cristo fue judío es que puede recrearse desde los indígenas o desde nuestras identidades regionales; porque fue varón es que puede ser comprendido desde la experiencia de ser cabalmente mujer; porque fue pobre es que revela la inhumanidad de la opresión y las injusticias. Jesús fue un marginado religioso por las autoridades sacerdotales de su tiempo y es así que puede ser comprendido desde la fe de la Iglesia. Ver a Cristo como el Dios que decide abandonar el privilegio de una existencia sin contradicciones y sin desafíos nos revela que su mensaje más que denunciar la fragilidad de

la vida la exalta y la coloca como un valor sagrado. Ahora podemos decir que no solo somos esta criatura humana que tiene en sí misma mucho de la irracionalidad de aquellos antepasados que vivían en los árboles y comían frutos silvestres sino que Dios mismo asumió esta nuestra forma. A las virtudes de la “forma de Dios” ahora se le debe agregar que haya aceptado –y por lo tanto jerarquizado con su presencia- la “forma humana”.

### **¿Qué haremos con esta forma humana?**

Habiendo recibido la bendición de que Dios se hiciera ser humano y comparta nuestra vida, debemos preguntarnos que haremos con esta vida que tenemos. Al conocer Cristo ya no es posible pensar que estamos aquí solo para durar, para pasar un tiempo sin sentido donde lo único que puede valer es sacarle el mejor provecho sin preguntarnos por otra cosa que no sea nuestro propio bienestar. La jerarquía de la vida humana ha sido puesta en lo más alto por la acción de Dios y por su compromiso. ¿Qué pues haremos con ella?

La vida del creyente, de acuerdo a este pasaje, debe exaltar el nombre de Jesús. Sin duda que esta expresión puede interpretarse de muchos modos, pero en el contexto del himno es evidente que la exaltación del nombre de Jesús se presenta en contraste con la multiplicidad de deidades que adornaban el panteón romano y también en relación con la deificación del César. La afirmación a los creyentes que viven en Filipos es que el único que merece que se arrodillen delante de él es el Cristo. Y este derecho no lo tiene por la misma razón que lo reclaman los ídolos o el César sino porque este Dios –el verdadero Cristo- dio primero su vida por la nuestra. Mientras que dioses y césares reclaman adoración a la fuerza y en respuesta al miedo y las represalias; mientras que ellos nada han hecho por su pueblo sino oprimirlo y aprovecharse de él, el Dios de la Biblia ha enviado a su Hijo y a vivido y muerto por nosotros. La adoración no es producida por la vanagloria de Dios sino por la “acción de gracias” del creyente que reconoce en su Dios alguien que se ha jugado por él.

Es importante insistir en el origen de la gratitud a Dios. Muchas veces se piensa que la adoración y la gratitud son una exigencia de Dios. Que el cristiano debe adorar a Dios porque él así lo pide. Nada más lejos de la voluntad de Dios que esos pensamientos. El no nos bendice para “cobrarlos” luego en plegarias y adoración, como tampoco escucha nuestras oraciones para que luego le “abonemos” el servicio de prestarnos la oreja. Dios nos bendice y escucha porque nos ama, y quien ama –y especialmente cuando es Dios el que ama- lo hace sin pedir nada a cambio. La gratuidad del amor de Dios es su signo y su sentido. Libera a los esclavos de Egipto, levanta a los profetas, convoca a los líderes de la fe, reúne a los discípulos de Cristo, da fuerzas al apóstol Pablo y sus colaboradores, y tantos otros actos más que si quisiéramos pagarlos no alcanzaría la vida. Entonces la alabanza y la adoración no son exigidas por Dios sino una respuesta natural y espontánea a las bendiciones recibidas. ¿Podemos no ser agradecidos ante tal regalo? ¿Olvidaremos fácilmente lo que el Señor ha hecho y hace por nosotros como para olvidar cantar salmos en su nombre?

En la predicación es importante no omitir el sentido de estos conceptos para el oyente. La claridad teológica debe alimentar la claridad en la opción concreta de vida y su consecuencia para la misión de la Iglesia o en caso contrario no existe tal claridad teológica o es irrelevante. La pregunta por ¿Cuáles son las opciones que como creyentes hacemos y cuál es el criterio para llevarlas adelante? ¿Cómo se expresa en nuestra vida la exaltación de Cristo como Señor y salvador de la creación? ¿Y cómo refleja eso en la vida y misión de la Iglesia? deben ser las que primen en nuestro sermón.



### **Conclusión y esquema**

El mensaje deberá enfatizar:

1. La decisión de Dios de hacerse ser humano.
2. Las consecuencias para la vida humana, su valoración y prestigio.
3. La invitación a exaltar el nombre de Jesús por sobre toda otra potestad.
4. Llamar a vivir de acuerdo a la voluntad de Dios.

### **Proponemos el siguiente esquema para un sermón sobre este texto:**

1. Introducción explicando el carácter himnico del texto.
2. ¿Qué es la encarnación? Qué significa que Dios se haya hecho ser humano.
3. La “forma de Dios” y la “forma de ser humano”
4. Buscar vivir de acuerdo al Dios que asumió nuestras limitaciones.
5. Explicar que de ese modo Dios exaltó la vida humana y la colocó por encima de todo.
6. ¿Qué haremos entonces con esta vida?
7. ¿Vivir de acuerdo al evangelio o gastarla en cosas superficiales?
8. La alabanza como respuesta a las bendiciones de Dios.
9. Invitar a la fe y confianza en el Dios que está al lado nuestro.
10. Conclusión: Invitar a compartir esa fe y esa confianza.